# Dialogos

Zayux Delorente

Image not found.

# Capítulo 1

Dialogo #1

— Era joven.

Agachó la mirada hacía el pozo de tierra que estaban cavando.

— Era joven y bella, quizá perfecta. Ahora está helada, fría de repente.

Se hincó de rodillas y tomó un pequeño trozo de tierra.

— Quizá era fuerte, feliz creo. Ya no recuerdo, no recuerdo más, ahora solo siento su silencio.

Lo miraban a lo lejos, los ojos expectantes se lo comían a susurros, con pensamientos e ideas.

— Me miran, lo sé. Yo no los miro a ellos, ¿a quién ver en tan infinita bruma?

Hizo una breve pausa.

— ¿Quién eras?, ya no recuerdo, pero aun así te extraño, hay algo que se mueve dentro de mí, que ruge, se retuerce, no sé qué es, pero te llama. Sé que no volverás, se me olvidó tu nombre, la huella de tus pies, el color de tu cabello, se me olvidaron varias cosas, pero aun así tengo un sentimiento extraño. Siento que te conozco, que alguna vez te he visto en un bulevar, recuerdo que tenías un cabello hermoso, unos labios delgados, una sonrisa chueca pero sincera, unos ojos grandes y hermosos, un poco de pecas… Pero ya no recuerdo tu rostro.  ¿Quién eras?, ¿Quién eras?

El viento paso su habla a sus oídos, su eco seco le repetía: “levanta la mirada”, “levanta la mirada”.

— No la recuerdo, no te recuerdo.

Se acurrucaba en su puesto, se aferraba al suelo. Sintió una palmada en la espalda y una hoja en su cabello. Levantaron los ojos opacos y miraron el féretro. Sabía que era ella, su foto decorada con laureles y con pétalos frescos. No había duda, era ella.

El cielo, abierto y azulado emanaba la última luz de la tarde, su cuerpo, en cambio, mustio y en silencio estaba. Otra vez agachaba la mirada.

— Te recuerdo… Te recuerdo. Eras tu todo esté tiempo. Eras…

Su garganta, de nudos y laberintos le impedían el paso de cualquier palabra como asfixia al alma y una punzada en el pecho. Le dolía y el resistirse era inútil, su alma estaba rota y su corazón estaba en pedazos. El aire se escapaba, sus tiernas lágrimas salían corriendo de sus párpados. Había roto en llanto, la había recordado, era ella, la del Bulevar, la del fino cabello, la alegre, la cariñosa, la amable, la amorosa, la odiosa, la relajada, la desjuiciada. Su dulce amor yacía en la luz de un féretro. Era ella, y él la había matado.  Sus ojos se cerraron, se acostó en el césped y de sus ojos murió el alma.

# Capítulo 2

— Mira como ese animal se retuerce, ¿no te parece divertido mirar este espectáculo? — Soltó una carcajada en medio de la selva.

El animal mal herido se arrastraba, arqueándose y gimiendo del dolor, de la desesperación, llorando a quien sabe dónde, llamando a sus parientes, los cuales estaban desaparecidos.

El otro hombre se sentó en una piedra al lado del animal contemplando en silencio el desangramiento de dicha criatura.

— ¡Di algo cabrón, ¿acaso no ves qué se está muriendo? ¿qué está pidiendo ayuda?, ¿Por qué no ríes, por qué no lloras?, di algo maldita sea!

El pobre animal miraba con desesperación al hombre sentado, quería de su ayuda, quería que lo socorriera, pero las heridas eran muy graves, la punzada le había atravesado los pulmones, ya no tenía aire, solo sentía la desesperación de la muerte, además sus patas ya no le respondían, eran sus últimos momentos.

El hombre que estaba en la piedra cerró los ojos por un rato, se levantó, agarró su lanza y la alzó para luego dejarla caer sobre la cabeza de la criatura, matándola al instante.

— Perdóname — Susurro el hombre mientras alzaba y limpiaba la punta de su lanza.

Su compañero atónito, no podía creer lo qué había hecho.

— Oye, te dije que lloraras, que reaccionarás, no que lo mataras… Arruinaste mi diversión, basura.

El hombre regresó hacía su compañero y lo tomó por el cuello levantándolo hasta su rostro y estando cara a cara, mientras él se ahogaba él le respondió.

— Yo no mato por placer, mi lanza se baña de sangre por necesidad, por pobreza, por honor y gloría. Y si se te ocurre volver a herir a un ser débil, a un ser que no se ha metido con nosotros o que no ha merecido paga, por solo divertirte, te aseguraré que tú serás el siguiente en la lista, y así te escondas te buscaré hasta matarte.

Morado, el hombre le pidió a su compañero que lo soltará, este lo hizo, y ya arrojado en el suelo solo pudo levantarse, recoger su escudo y espada y seguir su camino sin decir ninguna palabra de lo acontecido, sabía muy

bien que si rechistaba algo podría ser automáticamente hombre muerto. El bien conocía que nunca se debía meter con su compañero alterado y más teniendo una lanza a la mano, lo mejor que pudo hacer fue seguir por el camino que el sendero les marcaba.

# Capítulo 3

Ocho tiros… Ocho tiros recibió su blanda cabeza; destrozada, agujereada como el campo de una fosa quedó; sin nombre, sin identidad, sin rostro. La sangre, la poca sangre que le quedaba escurría como un pequeño riachuelo por el suelo empeñándose en cubrir la escena, en gritar lo que su voz tuvo que callar. Sus ojos saltones, aquellos, los que alguna vez reflejaron vida y esperanza, estaban reventados, sueltos, con el despropósito de su causa, con la muerte de la paz. Su nariz y sus oídos quedaron hechos pedazos, mordidos, agujereados, algunos trozos de piel aun almacenaban dentro de sí las balas, balas disparadas por aquellos quienes alguna vez juraron protegerlo. Su cuerpo inerte yacía en la fatídica agonía de la humillación, lo miraban, se pavoneaban con sus armas, se reían de su estupidez, se reían de su derecho, se reían de su alegría y su esperanza, de sus sueños y compromiso, de su amor y de amor a la patria.

Los de a pie llegaron minutos después de que esos seres, con placas y uniformes se fueran del a escena del crimen. Frases como: “lo mataron, lo mataron”; “llamen a una ambulancia”; “malparidos”, se escucharon durante toda la noche, los gritos y los llantos de dolor fueron los cánticos que recibieron las aves en esa madrugada.

…

— ¿Cuantos murieron ayer?

— Según los informes que nos presentaron los superiores mataron a unas 200 personas.

— ¿Si cortaron los servicios?

— Los básicos, la luz y el internet.

— Excelente, aunque parece ser que hubo menos que ayer, ¿no es así comandante?

— Señor, si señor, ayer se reportaron 427 asesinatos.

Hubo un pequeño silencio mientras que el hombre de corbatín meditaba.

— Dígame, comandante, por qué han bajado los muertos, ¿acaso diariamente no habíamos tenido la meta de incrementarlos?, no sé, ¿les falta más presupuesto, armas?, si es así soy todo oídos.

— No señor— Trago un poco de saliva —. Lo que pasa es que algunos han

dimitido y han decidido no matar.

— Oh es eso, vaya, a estos muchachos sí que les falta motivación — Soltó una carcajada —. Y ¿bien que propone comandante?

— Ya los castigamos severamente. Propongo convencerlos con miedo, infundir terror en las filas, decirles que si no matan al mínimo requerido serán despedidos o asesinados…

— Veo que usted aun no comprende, ellos son nuestra carne de cañón. El pueblo no nos quiere y ellos están en primera fila para defendernos, incluso para morir por nosotros. ¿Usted, ilustre comandante, cree que el miedo es la forma?, No, para nada lo es. ¿No querrá, acaso, que nuestras cabezas andén por ahí en picas o sí? — Soltó una carcajada —. Estas personas, en su mayoría jóvenes y estúpidos luchan también por vivir, una lucha contra la pobreza, para alimentarse y alimentar a sus familias, ahí es donde debemos apuntar. — Hizo un gesto de disparo con su mano, y sonriendo dijo —. Los vamos a comprar más de lo que ya están comprados; el dinero en tiempos de crisis es amor, un romance ameno, es lo que ellos quieren, si quieren vacaciones las tendrán, si quieren una jugosa pensión también la tendrán, y si quieren un recargo más tendrán que matar. ¡Tendrán recompensas!, ¿No te parece eso fabuloso?, el poder, magno poder, adorado y épico poder, "puaf", no hay nada como eso, y no hay nadie mejor para pensar en ellos como lo es el dinero, ¿Entiendes lo que digo?

El comandante se rio suavemente, por unos segundos.

— Bien, me parece brillante, nunca había oído una idea tan magnífica, entonces me retiro señor, los convenceré de su idea.

Cuando el comandante estaba a punto de abrir la puerta, el señor de corbatín, mientras jugaba con un papelito, le dijo.

— ¿No crees que a ellos les gusta?

— ¿Qué cosa señor?

— Matar, simplemente matar… El asesinato, la masacre es un lujo que pocos se pueden dar, quitarse el bozal, dejar los colmillos e ir a cazar ovejas, con la cobertura de la noche y con el apoyo del poder, es decir, no hay miedo, no tienes que temer mientras jalas del gatillo, tan simple como eso, y es por esto mismo que me pregunto si a ellos no les gustará— Soltó una pequeña risa —. Ellos tienen piedras, nosotros tenemos nuevos cargamentos de armas, ¿no te parece eso gracioso?, considero que les va a gustar la idea, o sea dejar tus instintos libres, que si te pegan una patada tienes toda la libertad de disparar cuanto quieras hasta volarle los

sesos a esa persona, qué otra cosa se le puede pedir a la vida, Jajaja.

— Señor — contestó plácidamente el comandante —. Usted sabe que en nuestra institución estamos investigando nuevas formas de controlar el poder, a decir verdad, me siento muy agradecido con su señoría, podemos matar, podemos investigar libremente sin que nadie u algo nos diga nada, tenemos los medios, ellos nos cubren, y los tenemos a ustedes, ustedes nos amparan. Todo sea por el bien del país, para evitar el terrorismo y las ideas de izquierda.

Ambos se echaron a reír.

— Qué buen chiste comandante. Aunque volviendo al tema, creo que la mejor forma de comentarles mis ideas a los muchachos es diciéndoles que se celebra un nuevo deporte, ¿"la caza nacional" o "la caza de vándalos" ?, creo que "Vándalos" está mejor, si le parece motívelos así, el que más mate más premios tendrá y el que no, no los tendrá… y poniéndonos un poco fríos, creo que usted tiene algo de razón.

— ¿En que mi señor, en el tema del temor y del miedo?, creo que, si hay un punto destacable, aunque me gustaría que exponga la idea.

— Los que hayan matado o los que hayan sido testigos de cualquier asesinato y no lo quieran seguir haciendo o simplemente dimitan; a ellos deberá caerles todo el peso de la ley. Al fin y al cabo, debemos estar al lado de quienes luchan, del pueblo, nosotros también luchamos por un mejor país, debemos mostrar compromiso contra esos policías asesinos, o eso es lo que debemos decir frente a las cámaras, y sustentaremos esas palabras con esos hechos.

— ¿Y en ese caso que haríamos con los policías que solamente dimiten?

— Ah, ellos, bueno, dejarlos, dentro de unos días estarán muriendo de hambre, no es necesario que los castigue, no queremos dar más razones para la crítica y la oposición; quizá sean personas, pero no tan honorables como nuestros hombres quienes nos protegen. Nosotros somos la patria y los crucificados, tenlo presente en todo momento; además si dimiten, serían unos estúpidos, estarían perdiendo una gran ventaja, todos los días muere gente, uno más o uno menos qué más da, el poder es el poder y es algo que todos queremos… Ya con esto no tengo nada más que decir, se puede retirar.

El señor encendió un cigarrillo dentro del despacho el cual llenó todo de humo, y antes de irse el comandante le dijo.

— Me parece bien señor, esta charla ha sido muy productiva, aunque discrepo de no tener un mecanismo de terror para asustar a nuestros muchachos, a fin de cuentas, ellos también son pueblo y en cualquier

momento se puede voltear la torta en nuestra contra sino tenemos una forma de detenerlos.

— Haga lo que quiera, yo ya le dije lo que debe y no debe hacer, el resto depende de su creatividad.

— Vale señor, si me disculpa iré a redactar los comunicados a nuestros internos.

Y de nuevo cuando el comandante iba a abrir la puerta fue interrumpido por una última frase.

— Para esta noche espero mejores resultados.

Sin responder el comandante salió del despacho del honorable político quien miraba desde la ventana como los policías reían a carcajadas con la gente del pueblo, mientras tomaban gaseosa y se comían roscones.

— Pobres, ninguno de ellos sabe que hoy habrá otra noche de ovejas y de lobos.

700, 700 cerrados fueron los contados entre muertos y desaparecidos según informes de los superiores, en condiciones macabras los pocos se encontraron, en llanto desconsolado las madres acudieron al cielo desesperado, las aves tampoco cantaron, fueron inundados por los llantos, los terribles llantos humanos. Los vasos de aquel lugar yacían en el piso y los roscones medio mordidos fueron untados de sangre. Al día siguiente los policías no recibieron visita, el político los vio, saco un cigarrillo y con toda tranquilidad y acompañado de una copa de vino empezó a celebrar en silencio, lúcido y sereno, teniendo a sus espaldas una bolsa de carne y de huesos.

# Capítulo 4

Cuando estuvo frente a ellos tuvo la oportunidad de rechazarlos, de retirar las órdenes. Estaba seguro de que lo haría, de que su mano declinaría ante la primera formación para el fusilamiento indiscriminado, pero fui un estúpido en creer qué mis hermanos a quien consideraba hermanos dispararían a sangre fría contra aquellos a quienes llamaban rebeldes, vándalos. No pude ver la escena, era impotente, estaba helado, el miedo me recorría la espalda, y la garganta se me había hecho añicos, quería llorar, decirles que pararán, tenía odio, rencor. Cómo era posible, cómo era posible que disparan a personas pacifistas, no estaban haciendo nada, eran inocentes, pero las balas no saben de eso, solo ellos, solo ellos sabían. Aunque no los culpo, no los puedo culpar por más rencor que tenga, sus caras, sus fútiles y extrañas caras tenían miedo, pero el yugo de su oficial era fuerte, su mano pesada era fuerte y aplastaba su humanidad antes que ellos se enteraran de la masacre que estaban cometiendo. No eran felices, de seguro no lo estaban. Algunos cerraron los ojos mientras que el ávaro oficial veía complacido el resultado. No podía, no podía hacer nada. ¿Qué podía hacer yo?, salir corriendo y detenerlos, de seguro su miedo también me hubiese devorado, porque yo también vi la muerte, pero fui un cobarde no pude defender a mi sociedad, a mis hermanos, amigos… Entre ellos, estaba Felipe con quien jugaba futbol por las noches, tomábamos polas, y de vez en cuando le hacíamos al tejo, fue mayor el miedo que dejé que lo mataran, a mi amigo, a mi amigo del colegio y de la juerga, a el mismo, no pude hacer nada.  No tuve ni la cara para decirle a su familia que el había muerto, de que lo había dejado morir, de que mis compañeros le habían pegado tres tiros en la cabeza, ¿Cómo podía decirles que fue participe de su muerte, de su asesinato, de que fui un hipócrita?

# Capítulo 5

— ¿Las puertas de la verdad?

— Yo no busco rencores al darte este tipo de invitaciones, somos enemigos, es verdad, pero ¿Qué es lo que nos une? El miedo, los seres humanos no gobernamos ni somos el centro del universo, al contrario, solo somos puntos, animales que juegan a ser dioses, cada individuo en particular por más fuerte que sea, por más que se esfuerce será una fuerza minúscula en los territorios invisibles del universo, los límites de este, ahí es donde apunto, allí es donde están las puertas de la verdad.

— Y para apuntar a dichas puertas has tenido que apuntar a tantas cabezas, has tenido que destruir ciudades, países, planetas enteros. Si tu motivación proviene de un deseo egoísta por qué quieres llamarme a esta charla, convencerme de qué.

— De un enemigo en común — Respondió tajantemente—. Creer que lo que conoces es lo único que existe es lo más ilógico a lo que se puede llegar a concluir. En un espacio tan vasto, existirán seres inmortales, dioses pensaría yo, pero son seres que con su presencia nublan cualquier consciencia, indescriptibles, caóticos, omega y el Alpha. Nosotros frente a ellos no somos nada ni aún con tus poderes espirituales ni yo con los poderes luminosos, es una oscuridad tan grande que te absorberían si tan solo sintieran tu estancia en el universo.  Necesitamos combatirlos.

— Buscas una alianza cuando ya has traicionado a muchas, dejaste morir a tus compañeros, tus prefectos, si me uno a ti me dejarás morir, a un enemigo que mejores motivos para tu plan, sino buscar la mejor forma de destruir al enemigo sin tener que luchar. Si hay un enemigo mayor y quieres detener esto es mejor que te rindas y así podremos colaborar de la mejor forma posible.

— No lo entiendes no es tan fácil la unión, el amor, la bondad, esas porquerías no harán nada frente al mal que se avecina, es el poder, el poder neto que hará posible la supremacía y para ello es que necesito a los seres más poderosos en los que lamentablemente te encuentras tu.

— Tu mismo cavaste tu tumba porque el poder siendo si mismo el poder solo se puede esperar a ser monopolizada por quien lo aspira, no quieres concentrar la fuerza en múltiples centros sino solo en ti, ¿Eso es lo quiere después de todo?

— Verás a estos seres son únicos, nada les convence todo lo destruye en realidad estoy lejos de su comprensión más porque si lo hago me perderé. Pero el poder si se deja fluyendo en varios ejes será débil, no será concentrado, no habrá soberanía al contrario primará un idealismo de

libertad, de rebelión. Dijiste que mis motivaciones son egoístas, pero no lo son yo lo que busco es fortalecer a lo que ya es fuerte, a lo que conocemos para alzarlo y llevarlo a lo desconocido, para enfrentarnos a una lucha de iguales, para ello se necesita un dios y yo seré su dios, su protector. Pero tú, con tus pregones de libertad obstruyes el camino que nos conduce a la verdadera libertad, hablas de que lo conoces todo, juzgas y crees saber quién es el malo, pero en realidad hay maldad tan honda, bondad tan dedicada. Tú también has matado la prueba de ellos es que estas frente a mí, no eres santo porque una vez entrado al juego el velo de la inocencia se desvanece rápidamente. Es cuestión de mirar a la manzana desde diferentes lados, de morderla y volverla a mirar. Escúchame, únete a mi y evitaremos el baño de sangre que se aproxima, juntos detendremos a ese mal.

— La libertad tiene sus costos, trae muerte, sea de nuestro bando o del tuyo, de terceros o de inocentes no podemos evitar eso, solo podemos rendir tributo a sus vidas con el fin de nuestras causas, muchos se han entregado a ella y no puedo decepcionarlos ya que ellos son la voz que yo transmito, el sentimiento que tienen. No son mis actos, es el espíritu colectivo lo que nos mantiene a flote, pero dime tu. ¿Si pides unión, si quieres unión porque no entregarte al colectivo, al fluir de las ideas?, yo solo veo que las aprisionas y quieres demandar el poder absoluto al ver a quienes te apoyan como alimento, como material para tu poder. Drenaste la energía de muchos lugares, ¿Con eso es suficiente para saciar tu sed de poder?

— No — Su respuesta fue contundente, luego encolerizo un poco y con un tono más fuerte dijo—. No te diré más, solo que cuando mueran todos en vano, a manos de los dioses del caos te darás cuenta del peso de mis palabras, de mi advertencia.

# Capítulo 6

El viento golpeaba sus mechones rojos, al aire cuyo frío congelaba alientos y corazones, estremecía de golpe a los soldados quienes advertidos a la fuerte ventisca permanecían moviéndose, trotando en sus puestos sin quedarse quietos, si lo hacían la muerte sería lenta y tortuosa, sin embargo, la tenacidad del general le permitía mirar a un punto fijo, lejos de su corazón, de sus instintos básicos, la sed de sangre era lo único que lo mantenía con vida. Observaba con el caer de la nieve blanca, una noche perpetua. Fijamente, miraba fijamente aquel puesto, aquella base era su único deseo, no por los recursos, no por la recompensa sino por aquella persona, arrogante de ímpetu infiel, deshonroso, mercenario, quien acababa de quemar las estatuas de sus dioses, las alas de sus ángeles…

— No lo perdonaré, para nada lo perdonaré — y repetía para sus adentros —. Debe morir, morir, morir, maldito bastardo debe morir, que los buitres te arranquen los ojos mientras aun respiras y que los escarabajos escarben en tu lengua y abran nido adentro de tu cuerpo.

Su oficial quien estaba pendiente a cualquier orden prestó oído a sus palabras.

— ¿Cuáles son sus órdenes señor?

— Traigan a los caballos, los reforzados con hierro, debemos matarlos, aplastarlos como los gusanos que son, se están jactando de manchar el nombre de nuestros dioses, pero de que les servirá cuando no cante ninguno de ellos.

— Enseguida señor.

El oficial encomendó a sus mensajeros a traer los caballos, la vía hasta donde ellos estaban había sido despejada. Los caballos de hierro con su fuerte pisar hacían temblar la tierra, pero la ventisca era tal que si alguien lo sintió lo habría confundido con los estragos y la fuerza del viento. Estos caballos de impecable imponencia forrados de metal pesado sin tapar sus ojos eran el símbolo insignia de la legión, el terror de las nieves, así se les consideraba por quienes escuchaban sus rumores ya que nunca hubo alguien para relatar las historias. Siempre que llegaba el enemigo a revisar los pueblos o bases destruidas, siempre veían que los cuerpos, desfigurados, tenían huellas de herraduras, muchos lo consideraban una mera leyenda, de aquellas para asustar a niños malcriados, pero eran muy pocos quienes le daban crédito, siendo esos pocos que con incredulidad daban fe de la legión y de su poderosa y tenebrosa caballería.

Los temblores cesaron, los caballos estaban en posición, quietos, sin sentir el frío o sin que el viento los lograra mover en sus arrebatos de colera.

—Señor, los caballos están listos, atacaremos cuando dé la señal.

— Perfecto, necesito que encienda el fuego en sus corazas. Necesitamos que al capitán lo traigan con vida. Ellos creen que nos mataron, pero la fe persiste, los dioses persisten y es por eso por lo que dedicaré sus cabezas como ofrenda de nuestra redención… ¡A los caballos!

Todos los soldados montaron los caballos. El oficial pasaba con una antorcha quemando las corazas cubriéndolas en llamas. Ningún soldado se quejaba o gimoteaba, todos estaban seguros de su misión.

— Listos — Esperó unos segundos y vio que todos sus soldados estaban coordinados y listos para la guerra —¡¡¡¡¡ A la carga!!!!!!

Los caballos descendieron por la montaña con una fiereza impresionante, sus pisadas hacían temblar los puestos de campaña, e hicieron despertar a los dos centinelas quienes hinchados por la bebida se habían quedado dormidos. Al despertarse vieron una neblina anaranjada a través del espesor de la nieve la cual se acercaba con el parpadeo y el caer de los copos cristalinos, extrañamente estos se vaporizaban a medida que la neblina se acercaba. Los soldados confundidos se santiguaron y entre el estupor generado por la fiesta y la incertidumbre tomaron sus armas acercándose lentamente a esa mancha naranja que cada vez se hacía más grande y más viva. Vieron como las carpas temblaban, escucharon el tronar de las pisadas, olieron un metal ardiendo, sintieron la muerte que los acariciaba, cada vez más cerca, más cerca, más cerca, más cerca y estaban fuera del campamento…

Una cabeza voló a tal distancia que llegó a la entrada de la base, el cuerpo quien saboreo al tacto de las llamas se quemó y chamusco al instante. El otro guarda fue partido en dos y pisoteado sacándole los intestinos y aplastándole los sesos. No había piedad, no había gloría, no había honra, solo había masacre, solo había dioses.

La carga de caballería, la gran neblina se transformó en una mancha roja cubierta por la noche y por la nieve las cuales fueron cómplices de la muerte. Al llegar a las primeras carpas las herraduras pisaron los cráneos de los mercenarios, quienes dormían plácidamente manchado así la tela que los cubría. Aquellos taciturnos quienes paseaban entre las calles improvisadas fueron atravesados y despedazados por las pisadas de los caballos, o simplemente se quemaban con el fuego, este se expandía y abarcaba todo a su alrededor. Los caballos con el mismo instinto asesino buscaban los cuerpos para aplicar todo su peso y presión sobre ellos. A uno de los cuerpos enemigos le cayó todo el peso de una pezuña la cual le

perforó un pulmón, murió desangrado ahogándose en su propia sangre; a otro, quien orinaba en el suelo húmedo fue empalado por la espada de uno de los jinetes quien estuvo colgado durante toda la contienda, a otro de ellos, y el caso más atroz fue a un hombre joven, robusto y fuerte, tenía cara entusiasta sin embargo  éste fue tomado por uno de los soldados quien lo sostuvo con toda facilidad, le abrió la boca y le saco la lengua y la colgó en el metal ardiendo de su caballo en uno de los costados, soltó el cuerpo y  esté empezó a desprenderse de su músculo mientras que lentamente iba siendo quemado. La noche fue un procedimiento de muertes trágicas, el dolor, la desesperación de quienes estaban despiertos, supieron que los dioses habían traído el castigo, su obstinación fue castigada con la crueldad de vivir en carne propia el infierno mismo, quienes vieron sus alrededores solo notaban el fuego, ninguno podía escapar, todos estaban marcados con el olor, con la insignia de la muerte.

La caballería había arrasado todo el campamento en una sola carga, eran tales sus números que no tuvieron que dar rodeos, o bifurcarse y buscar; la masacre fue rápida, efectiva, y tenaz, no hubo piedad compasión sin embargo quedaron cuerpos con vida. Ellos esperaban que uno de ellos fuera el de líder ya que era una orden directa traerlo con vida, de tal forma que volvieron a arremeter contra la base enemiga aniquilando absolutamente a todos los que sobrevivieron. No hubo oportunidad de confirmar los muertos ya que el fuego se había encargado de eso. No obstante, a lo lejos vieron a unas personas escapando en unos caballos viejos, cansados por la fuerza que les oponía el viento a su fuga. Ellos rápidamente los alcanzaron, cortándole las piernas a los soldados y a los caballos dejando que murieran por el frío, entre ellos estaba el líder mercenario quien fue traído con vida hacía el general. Sin piernas él les suplicó a los soldados quienes le escupieron, orinaron y cortaron sin matarlo, fue humillante su presencia sin embargo este no era su castigo. Los legionarios lo tomaron de cuerpo completo y cavaron una fosa donde lo cubrieron con la nieve hasta darle al cuello. A los primeros rayos de sol, ya su cabeza había sido totalmente cubierta de sangre y de orines, los buitres estaban llegando y sondeando el terreno. Al ver esto los soldados tomaron parte de los cuerpos yacidos en las afueras y los cercaron a la cabeza del líder quien aún permanecía con vida, estos carroñeros llegaron y empezaron a comer las piernas arrojadas y sin saber cómo empezaron a comer solo los ojos del mercenario, sus gritos en medio de la nada no tenían ningún significado, una vez ciego y aturdido volvieron a orinarle para que recobrará la conciencia siendo que esta vez el general tenía un puñado de escarabajos caníbales los cuales puso en su boca y ellos se encargaron de abrir su garganta y de comer sus órganos, estomago, esófago, hígado,  páncreas hasta crear una pequeña colonia en su cuerpo, el sufrimiento del general fue indescriptible, gritando hasta saciar los oídos de la legión.

— Los dioses te han abandonado, quisiste matarlos, pero en tu estúpido intento de hacerlo terminaste siendo asesinado por la mano de ellos.